

ANTONIO RAMOS GÓMEZ

7 de diciembre de 1977

Antonio llegó a Berisso en 1967, en tiempos de la “Revolución Argentina”. El general Juan Carlos Onganía gobernaba el país y en las provincias sobraba miseria y faltaba trabajo. Alguien en su Chaco natal le habló de los frigoríficos, que podía conseguir empleo y se vino para estos pagos. No le fue difícil entrar, esa madrugada se paró frente al portón que daba a la calle Marsella donde su corpulencia resaltaba sobre el resto, el “capataz” que señalaba con el dedo y vociferaba “*vos entrás*”, lo marcó.

Sus brazos entrenados en el dolor de la miseria, seguramente tenían la fuerza necesaria para empuñar la maza. Lo enviaron al sector “Matanza”, allí llegaban los animales después de haber pasado por los corrales donde eran lavados. La vaca sorprendida por un enjambre de hombres apurados por la urgencia de la noria, era enganchada de una pata a un guinche y quedaba pataleando boca abajo. Poco le servía su resistencia. Frente a ella estaba



parado su verdugo que lanzaba el mazazo final, un golpe seco y certero a la cabeza. Sabía dar el golpe, había dado miles, quizás cientos de miles de esos golpes matadores. La mano entrenada del cuchillero la degollaba y la sangre caía en la canaleta. El mugido moribundo del animal no alarmaba a nadie, con lo poco que le quedaba lanzaba al aire sus últimas patadas que no encontraban destino y se quedaba quieta. El riel seguía su camino llevando boca abajo el peso muerto del animal, alguien hundía el cuchillo en su vientre para que las vísceras cayeran en la zorra y la comenzaran a cuerear. Mientras, el cuero separado iba para la curtiembre, cortaban la cabeza y las patas. Cada vez estaba más cerca de convertirse en una media res y en menos de 15 minutos transformarse en carne de consumo. Una y otra vez, día tras día, cientos de animales pasaban por el matadero.

En 1977, la patronal con la cobertura política de la dictadura, buscaba reducir personal. Una de las maneras fue llevar nuevamente la jornada laboral a 9 horas, que implicaba una reducción de personal y los que se quedaban tendrían el mismo sueldo. Esto generó de manera inmediata el reclamo por las horas de más trabajadas, y la actualización monetaria. Ante la negativa empresarial los trabajadores avanzaron con medidas de fuerza. El Frigorífico respondió despidiendo trabajadores mientras la conducción del gremio miraba para otro lado.

Muy pocos levantaban la voz, la protesta circulaba clandestinamente en volantes mimeografiados. Las detenciones y desapariciones eran las respuestas a los reclamos, a la resistencia o al que se animaba a levantar la cabeza. Los compañeros le decían que se cuidara, que lo tenían marcado, que no hablara tanto, pero Antonio no era de callarse y esa noche supo que no debía quedarse en su casa. Le había llegado el rumor que en esos días los milicos estaban levantando gente que él conocía y respetaba. El “Grupo de Tareas” lo encontró en Villa Elvira, en lo de su hermana. Se resistió y gritó. Un grito ronco, que de poco servía, se dio cuenta del apuro de sus captores cuando le pusieron la capucha y lo metieron en la camioneta. Quizás ahí supo que de poco serviría su resistencia, que quizás la noria humana del frigorífico que había secuestrado y asesinado a otros compañeros, se había puesto en marcha para él.

El 7 de diciembre de 1977 fue secuestrado. No hay registro de su paso por algún Centro Clandestino de Detención. Este chaqueño de 30 años, nacido el 10 de mayo de 1947 en Roque Sáenz Peña, continúa desaparecido. Su caso espera justicia.